

VIRGILIO, POETA DEPORTIVO (*AEN.* V 42–544)

VERGIL AS A SPORTS POET (*AEN.* V 42–544)


Vicente CRISTÓBAL*

Traducción en hexámetros castellanos de la “Eneida” v 42–544, pasaje en el que se cuentan los juegos funerarios de honor de Anquises y donde Virgilio se nos revela como un hábil poeta del deporte.

Palabras clave: Traducción rítmica, Virgilio, Eneida, épica, deporte.

A translation of the *Aeneid* v 42–544 in Castilian hexameter, in which the Funeral Games honoring Anchises are described and Virgil is revealed as a skillful sports poet.

Keywords: Rhythmic translation, Virgil, Aeneid, epic, sport.

 frezco aquí, en homenaje a mi querido colega y amigo José Luis Vidal, una traducción en hexámetros castellanos de parte del libro v de la *Eneida*, ese libro especial en el que el poeta deja asomar su talante más risueño, su tono más distendido. Ello lo hace, sí, por razones poéticas de *inuentio* y *dispositio*, pero también, sin duda, cediendo al propio deseo de cantar las alegrías del mundo (el adjetivo *laetus* tiene un notorio rendimiento a lo largo de todo el libro, como señalan los comentaristas) y de fijar su mirada en la realidad física y trivial de las acciones humanas, en la competición, en la

*Facultad de Filología. Universidad Complutense de Madrid.

Correspondencia: Universidad Complutense de Madrid. Facultad de Filología. Ciudad Universitaria – Edificio A. 28040 Madrid. España.

e-mail: vcristob@filol.ucm.es

pasión por la victoria y el enaltecimiento del individuo, incluso en la descripción detallada de objetos. Virgilio nos muestra aquí que no solo tiene ojos para ver los difíciles procesos interiores del alma o lo que acaso haya más allá de la muerte, sino también lo más inmediato. No es el sólito Virgilio de la nostalgia y la melancolía; hay aquí un Virgilio parcialmente distinto, que a sí mismo se complementa. Y este, por así decirlo, carácter complementario del libro v al Virgilio más común, cuadra bien con el hecho de que sea (con muchas evidencias que así lo justifican) el último o de los últimos libros compuestos por el poeta. Es bueno saber que, antes de su muerte y del desencanto final ante su obra, Virgilio tuvo impulso para escribir versos alegres, donde resuena también una larga risotada (vv. 181–2: *illum et labentem Teucri et risere natantem/ et salsos rident reuomentem pectore fluctus*), y para una mirada relajada ante el espectáculo lúdico del deporte.

En fin, no tengo espacio en estas líneas para la ponderación de los muchos admirables pasajes en que aquí brilla soberanamente la poesía, ni para glosa de ningún tipo. Dejo aquí solo mi traducción, en la que sigo el texto de Mynors (Oxford 1969), salvo en el v. 348: contra la puntuación que allí se lee, entiendo *pueri* como vocativo.

Así cuenta el poeta los juegos deportivos en honor del difunto Anquises:

Luego que el lúcido día siguiente ahuyentó las estrellas
del horizonte oriental, llama Eneas por toda la playa
a reunión a los suyos, y dice desde un altozano:
“Nobles dardánidas, prole remota de sangre divina,
ya se ha cerrado el circuito de un año, cumplidos sus meses,
desde que aquí de mi padre divino los restos y huesos
los sepultamos en tierra y alzamos las lúgubres aras;
ya llega el día, si no me equivoco, que siempre penoso
y venerado será para mí por designio divino. 50
Tal día yo, aunque en exilio en las Sirtes getulas me hallara,
o sorprendido en argólicas aguas, o acaso en Micenas,
celebraría no obstante con votos anuales y pompa,
como se debe, y altares haría cubiertos de ofrendas.
Justo a la vera de tales cenizas y huesos paternos

(no creo yo que haya sido al azar, sin designio divino),
nos encontramos ahora, arribados a un puerto amigable.
Ea, por tanto, y cumplamos unidos sus honras festivas:
vientos pidamos, y quiera él que yo las celebre anualmente
en la ciudad que fundemos y en templos que a él se dediquen. 60
Por cada nave os concede dos reses vacunas Acestes,
él, que es de sangre troyana; asociad al banquete a los patrios
dioses penates y a aquellos de nuestro anfitrión, los de Acestes.
Pero además, cuando Aurora novena les traiga a los hombres
día nutricio y sus rayos descubran la faz de la tierra,
yo propondré, lo primero, a los teucros carrera de naves;
y el que en correr con los pies se aventaje, y a aquel que, animoso,
sea el mejor con su fuerza, el venablo o las leves saetas,
o quien confíe en vencer en la lucha con áspero guante,
todos acudan y aguarden el premio de digna victoria.
Y ahora quedad en silencio, y ceñid vuestras sienes con ramas”. 70
Esto diciendo se cubre las sienes con mirto materno,
eso hace Hélimo, y eso hace Acestes, ya en años maduro,
eso hace el joven Ascanio, y los siguen los otros muchachos.
Él del consejo marchaba seguido de muchos millares
hacia la tumba y en torno lo sigue una gran comitiva.
Vierte en ritual libación sobre el suelo dos copas de vino
puro, y de leche reciente otras dos, y de sangre de víctimas
otras dos más, echa flores purpúreas y dice estas cosas:
“Salve otra vez, oh mi padre sagrado, y vosotras, cenizas 80
que rescaté vanamente, y espíritu y sombra paternos.
No me fue dado contigo buscar los confines de Italia,
ni las campiñas del hado o, el que sea, ese Tíber ausonio”.
Tal había dicho, y al punto una lúbrica sierpe tremenda
desde lo hondo arrastró siete vueltas, sus siete repliegues,
plácidamente abrazando la tumba, reptando entre altares;
motas azules mostraba en su dorso y escamas brillantes
con el fulgor salpicado del oro, al igual que arco iris
entre las nubes despide, ante el sol, mil colores diversos.
Pásmase Eneas al verla. Ella en largo despliegue reptando 90
entre los vasos y copas pulidas probó finalmente
tales manjares, y luego otra vez, sin causar daño alguno,
se sumergió en lo profundo y dejó los altares libados.
Visto lo cual, con más ganas las honras al padre renueva,

aunque si genio local es aquella o ministra del padre
 no sabe bien; dos ovejas según la costumbre degüella,
 luego dos cerdos, y un par de novillos de negras espaldas,
 y derramaba el licor de las copas y el alma de Anquises
 grande llamaba, y que vuelvan sus manes del río Aqueronte.
 Hacen lo mismo sus hombres, según lo que pueden, alegres 100
 dones ofrecen colmando las aras y matan novillos;
 otros colocan calderos y echados por sobre la hierba,
 ponen las ascuas bajo el asador para asar las tajadas.
 Y se acercaba ya el día esperado, y con luz sosegada
 ya los caballos del Sol transportaban la Aurora novena,
 y a los vecinos había atraído la fama y renombre
 del noble Acestes; en tropa festiva llenaban la costa
 para admirar a los teucros, o bien por entrar en certamen.
 Desde el principio los premios se dan a la vista y en medio
 de la explanada, los trípodes sacros y verdes coronas, 110
 palmas a todo el que venza, armamento y ropajes en púrpura
 bien empapados, talentos de plata y talentos de oro;
 y desde un cerro central la trompeta da inicio a los juegos.
 Van a la prueba primera, equipadas con remos pesados
 cuatro barcazas iguales, de toda la flota elegidas.
 Lleva Mnesteo a la Pristis veloz, de afanosos remeros,
 quien llegará luego a Italia, el origen del nombre de Memmio;
 Gías conduce a la enorme Quimera, de enorme tamaño,
 casi como una ciudad, la que impulsan tres filas de jóvenes
 dárdanos; se alzan sus remos dispuestos en otras tres filas. 120
 y es transportado Sergesto (los Sergios por él tienen nombre)
 en la grandiosa Centauro, y Cloanto en la Escila azulada,
 de quien, romano Cluencio, te llega el ilustre abolengo.
 Hay en el mar una roca lejana, enfrentada a la costa
 espumeante, que, inmersa, la baten las olas hinchadas
 en la sazón en que ocultan los astros los Coros de invierno;
 calla en sosiego y se eleva del agua que nadie remueve
 como planicie, y al sol es muy grata parada a los mergos.
 Pone aquí Eneas el padre la meta con ramas de encina
 como señal para los marineros, de donde supieran 130
 que hay que tornar y doblar desde allí el dilatado circuito.
 Luego sortean los sitios, y brillan allá en la distancia
 los capitanes en popa, señeros con oro y con púrpura.

Cúbrese el resto de la juventud con follaje de chopo
y resplandece en sus hombros desnudos, ungida de aceite.
Siéntanse sobre los bancos, al remo tensados los brazos;
tensos esperan el toque inicial, y un pavor palpitante
bebe en su pecho agitado, a la par que un amor por la gloria.
Y cuando nítida dio su señal la trompeta, saltaron
sin dilación todos juntos del puesto; clamor marinero 140
hiere los aires; el mar espumea al moverse los brazos.
Hienden parejos el agua con surcos, y el piélago se abre
cuando espolón de tres dientes y remos lo agitan hiriéndolo.
No tan veloces en una carrera de bigas los carros
cruzan la pista y se lanzan corriendo del puesto, ni aurigas
sobre las crines al viento remueven las riendas que ondean
de esta manera, y se inclinan pendientes tan solo del látigo.
Con el aplauso y gritar de la gente y afán de entusiastas
suenan la entera floresta, y la playa cerrada da vueltas
al vocerío, y heridos con gritos resuenan los cerros. 150
Huye delante de todos y escapa avanzando en las aguas
Gías en medio de turba y clamores; lo sigue Cloanto,
que era en los remos mejor, aunque el pino de mole gravosa
lo retrasaba; después a pareja distancia la Pristis
y la Centauro compiten buscando lograr primacía;
y por momentos la Pristis la tiene, mas luego la logra
la gran Centauro que vence, o, parejas, iguales sus frentes,
ambas avanzan y surcan la sal con su quilla alargada.
Ya estaba cerca la roca y la meta no estaba distante,
cuando el que marcha el primero, triunfante en mitad de las aguas, 160
Gías, así interpelló al timonel de su nave, a Menetes:
“¿Dónde me vas tan pegado a la diestra? ¡Endereza aquí el rumbo!,
¡Busca la orilla y que roce las rocas el remo a la izquierda!
¡Deja alta mar a los otros!” Gritó, mas Menetes temiendo
rocas ocultas enfila su proa hacia el ponto y sus olas.
“¿Dónde te apartas?”, le dice otra vez, “¡A las rocas, Menetes!”
Gías llamábalo con su clamor, y hete aquí que a Cloanto
ve por detrás que avanzaba a su espalda y estaba muy cerca.
Éste entre el barco de Gías se mete y las rocas sonantes,
va recortando el camino a la izquierda, se adentra y de pronto 170
pasa al primero y, dejada la meta, domina en las aguas.
Ya entonces hondo dolor le brotó de los huesos al joven

sin que faltara a sus ojos el llanto, y al torpe Menetes,
sin reparar en su honra ni aún en salvar a su equipo,
da un empujón y lo arroja en el mar de la popa elevada;
él lo suplanta guiando el timón, y ya siendo él piloto,
órdenes da a sus remeros y tuerce a la orilla su rumbo.
Mas cuando al fin desde el fondo emergió y fue visible Menetes,
ya bien mayor, y pesado, y su ropa empapada del todo,
sube a lo alto del risco y se sienta en enjuto peñasco. 180
Cuando cayó, y al nadar, se reían los teucros, y ríen
cuando lo ven vomitar de su pecho las aguas saladas.
Se les enciende una alegre esperanza a Sergesto y Mnesteo,
que eran los últimos, de adelantar el retraso de Gías.
Va por delante Sergesto y se acerca al escollo, y no obstante
no es su ventaja con toda la quilla; es en parte el primero,
mientras que en parte lo empuja el rival espolón de la Pristis.
Y por su nave avanzando Mnesteo, entre todos sus hombres,
los exhortaba: “Es la hora, es la hora de darle a los remos,
oh compañeros de Héctor, que el día supremo de Troya, 190
os elegí como míos; sacad vuestras fuerzas ahora,
vuestro vigor, que pusisteis a prueba en las Sirtes getulas
y en el mar Jónico y ondas secuaces allá de Malea.
Cierto es que ya no pretendo ganar ni quedar el primero
(aunque, ¿quién sabe...?, mas ganen aquellos, Neptuno, que quieras);
pero avergüenza llegar los postreros; lograd este triunfo
y el deshonor alejad”. Y se doblan con todo su empeño;
tiembla con grandes embates la popa de bronce, y el suelo
va deslizándose; entonces jadeo constante golpea
miembros y boca reseca, y les corre el sudor a raudales. 200
Fue el azar mismo quien trajo a estos hombres el premio que ansiaban,
pues que Sergesto, a la vez que furioso metía la proa
junto a las rocas y entraba en espacio de muy poca holgura,
el infeliz se quedó en los escollos salientes clavado.
Hubo un impacto en las peñas, los remos chocando crujieron
contra los riscos, y al golpe la proa quedó suspendida.
Álzanse en pie los remeros y quedan en gran vocerío,
pértigas usan de hierro y varales de punta afilada,
y entre las aguas recogen pedazos de remos que flotan.
Pero Mnesteo, gozoso y al ver lo ocurrido animándose, 210
con su veloz escuadrón de remeros y al viento llamando,

busca las aguas propicias y corre en el piélagos abierto.
Tal como cuando en un antro de pronto asustada paloma,
que en huecas rocas tenía su dulce nidal y su casa,
vuela y se va por el campo, y con miedo da un gran aleteo
bajo la bóveda y luego, cruzando los aires tranquilos,
pasa veloz en un vuelo rasante, y sus alas no mueve:
no de otro modo Mnesteo, así surca la Prístis huyendo
su último tramo de mar, así en vuelo la lleva su impulso.
Y sobrepasa, primero, a Sergesto, que lucha en las altas 220
peñas y en aguas someras, y en vano reclama la ayuda,
y es aprendiz en remar y moverse con trozos de remo.
Pásale a Gías después y a la propia Quimera, de mole
descomunal; atrás queda, una vez que perdió a su piloto.
Y solamente ya resta Cloanto en el fin del trayecto,
al que persigue y acosa empeñado con todas sus fuerzas.
Ya sí que entonces redobla el clamor y al que va persiguiendo
todos lo instigan con gritos y el éter resuena en estrépito.
Unos se indignan si pierden la gloria que es suya y honores
ya conseguidos; darían la vida en lugar de aquel premio. 230
A otros les nutre su logro: parecen poder, luego pueden.
Y pudo ser que, llegando igualados, el premio obtuvieran,
si, con sus palmas tendidas al mar, estas preces Cloanto
no las hubiera vertido y llamado en auxilio a los dioses:
“Dioses que el mando tenéis sobre el mar, cuyos llanos recorro,
sobre esta playa gozoso a las aras un blanco novillo
voy a traer —os prometo la ofrenda—, y al agua salada
arrojaré sus entrañas, y haré libaciones de vino”.
Dijo, y debajo del hondo oleaje lo oyó todo el coro
de las Nereidas, de Forco, y también Panopea, la virgen, 240
y el propio padre Portuno impulsó con su mano grandiosa
al navegante; y más rauda que el Noto y que alada saeta
huye la nave a la tierra y se mete en el puerto profundo.
Y el Anquisiada, llamando a una junta, según su costumbre,
con el pregón del heraldo proclama triunfante a Cloanto
y le corona con verde laurel rodeando sus sienes,
y como premio a las naves concede que elijan tres toros,
y les da vino y que lleven de plata un talento pesado.
Y para los capitanes añade especial recompensa:
al vencedor una clámide en oro bordada y con borde 250

por los que fluye abundante la púrpura en doble meandro;
 se representa al muchacho real en el Ida frondoso:
 corre y con lanza va en pos de los ciervos veloces, ardiente,
 cual si emitiera jadeos, y el ave escudera de Júpiter
 lo arrebatava y alzaba en el aire con uñas curvadas;
 los mayores longevos en vano sus palmas tendían
 a las estrellas, y en vano a las brisas ladraban los canes.
 Y al que, después, el segundo lugar consiguió con su esfuerzo,
 a ese le da una coraza tejida con mallas bruñidas,
 triple y dorada en su urdimbre, que él mismo a Demóleo quitara, 260
 cuando ante Ilio elevada venció, junto al rápido Símois:
 era un ornato y también protección para el hombre en la guerra.
 Fégeo y Ságaris, siervos, apenas, con tantos repliegues,
 la transportaban a hombros; Demóleo, no obstante, hace tiempo
 la revistió mientras iba detrás de los teucros que huían.
 Y como premio al tercero da un par de calderos de bronce,
 y unos tazones labrados en plata con gruesos relieves.
 Y se marchaban ya todos así de premiados y ufanos
 de lo adquirido, y con ínfulas rojas en torno a las sienas,
 cuando del crudo peñón arrancado por fin con esfuerzo, 270
 casi privado de remos y a falta de toda una fila,
 con deshonor conducía su nave entre burlas Sergesto.
 Como en realce de vía topamos a veces con sierpe,
 a la que rueda de bronce al cruzar le pasó por encima,
 o a la que de una pedrada un viandante dejó medio muerta;
 ella al huir con su cuerpo hace en vano quebrados avances,
 solo parcialmente fiera, con ojos ardientes y altivo
 cuello silbante; la parte quebrada y herida la frena,
 encadenada en su nudo y plegándose sobre sus miembros:
 no de otro modo la nave iba lenta por falta de remos; 280
 abre sus velas, no obstante, que, infladas, lo llevan al puerto.
 Y con el don prometido a Sergesto ya Eneas lo premia,
 muy satisfecho de que haya salvado remeros y nave.
 Se le concede una esclava, que sabe el quehacer de Minerva,
 Fóloe, de sangre cretense, y dos hijos que de ella mamaban.
 Al concluir esta prueba dirígese Eneas piadoso
 a una llanura de césped, que en torno cercaban los bosques
 sobre ondeadas colinas, y en medio del valle había un círculo
 para espectáculos; donde, con muchos millares en torno,

llégase el héroe a sentarse y lo hace sobre un altozano. 290
Y a los que quieran acaso medirse en la rauda carrera,
les estimula el afán con trofeos y expone los premios.
Teucros y sículos vienen mezclados de todas las partes:
Niso y Euríalo son los primeros;
por su hermosura y su joven edad destacábase Euríalo,
Niso por un amor puro al muchacho; los sigue Diores,
un varón regio, de aquella la ilustre prosapia de Príamo;
síguenlo Salio y Patrón, de los cuales el uno acarnanio
y el otro siendo de sangre de Arcadia y familia tegea;
luego también de Trinacria dos jóvenes, Hélimo y Pánope, 300
acostumbrados al bosque, cortejo del ya viejo Acestes;
luego además otros muchos, que oculta la fama sombría.
Y situándose luego en el centro, así Eneas les dijo:
“Esto que digo escuchad y con gozo guardadlo en la mente.
Nadie de todo este grupo se irá sin que yo lo agasaje.
Un par de flechas brillantes, de Cnoso, de punta pulida,
y un hacha doble de plata labrada os daré: para todos
tal será el premio común. Y los tres corredores primeros
su recompensa tendrán, y corona de oliva bermeja. 310
Para el primero que llegue, un caballo de bellos jaeces;
para el segundo, un carcaj amazónico lleno de flechas
tracias, que en torno circunda con amplia fajuela dorada
una correa y que fíbula cierra con gema pulida;
vaya contento el tercero llevando este argólico casco”.
Dicho lo cual, se sitúan y, al dar la señal de improviso,
cogen veloces la pista, dejando la línea, y se vierten
tal como lluvia que arrecia. Y tan pronto ya avistan la meta,
Niso el primero se aleja, y con mucho ante todos los otros
saca ventaja, más raudo que el viento y que el ala del rayo;
próximo a él, pero próximo a larga distancia entre ambos, 320
síguete Salio; y detrás, con espacio entre medias, Euríalo
viene en el puesto tercero.
Hélimo a Euríalo sigue, y detrás, a muy corta distancia,
vuela Diores tras él y ya casi le huella las huellas,
sobre sus hombros cayendo, y si aún les quedara más pista,
lo adelantara en su vuelo y el puesto estaría dudoso.
Casi corrían ya el tramo final y cansados llegaban
frente a la meta, y entonces, con muy mala suerte cae Niso

al escurrirse en un charco de sangre de toros matados,
que se formó casualmente en el suelo, mojando la hierba. 330
No se olvidó, sin embargo, de Euríalo, no de su amigo,
pues se plantó por delante de Salio al alzarse del lodo,
y este a su vez, dando vueltas, cayó sobre densas arenas;
Raudo apresúrase Euríalo y vence por don del amigo,
corre el primero, y ya vuela entre aplausos y gritos de apoyo.
Hélimo llega tras él y tercer vencedor es Diores.
Al graderío, nutrido de gente, y los rostros primeros 340
de los mayores con gritos entonces abrímalos Salio,
pues reclamaba le dieran el premio robado con trampa.
Pero el favor y las lágrimas bellas defienden a Euríalo,
y su valor, que es más grato si viene de hermosa figura.
Bríndale apoyo Diores y en voces muy altas lo grita,
él, que ganó su victoria, y en vano habría sido su premio
último, si se le dan los primeros honores a Salio.
Dijo así entonces Eneas el padre: “Muchachos, los premios
vuestros y fijos os quedan, y nadie los cambia de orden.
Séame lícito a mí consolar a un amigo inocente”. 350



Caída de Niso. Ilustración de Vicente Cristóbal.

Esto decía, y a Salio le da de un león de Getulia
piel gigantesca y pesada con vello y con garras doradas.
Dijo aquí Niso: “Si premios obtiene el vencido tan buenos,
y del que cae te condueles, ¿qué premio darás digno a Niso,
que merecí con elogio corona primera de gloria,
si, como a Salio, la mala fortuna no hubiera mediado?”
Y le enseñaba, a la vez que decía estas cosas, su cara
sucia de barro y sus miembros. El óptimo padre sonrío
y le entregó para él un escudo, que hiciera con arte
Didimaón, a los griegos robado de un templo a Neptuno. 360
Con tan señero presente obsequiaba al ilustre muchacho.
Luego, una vez que acabó la carrera y los premios, anuncia:
“Es el momento en que, si alguien abriga valor y firmeza,
salga a la vista y presente sus brazos y puños con guantes”.
Dice, y propone estas dos recompensas a aquellos que luchen:
al vencedor, un novillo, velado con oro y con bandas;
como consuelo al vencido, una espada y un casco vistoso.
Sin dilación, sale Dares al punto, de fuerzas enormes,
y se levanta entre grandes murmullos de la concurrencia,
él, que fue el solo que a Paris en lucha solía enfrentarse, 370
y quien también, junto el túmulo aquel del muy ínclito Héctor,
al gigantón por su cuerpo, de muchas victorias, a Butes,
que presumía venir del linaje bebricio de Ámico,
lo derrotó y abatió moribundo en la arena amarilla.
Ese tal Dares levanta su frente al anuncio de lucha,
muestra sus hombros enormes y mueve ora un brazo, ora el otro,
hacia adelante y golpea las brisas con tales impulsos.
Otro se busca que luche con él, pero nadie entre tantos
osa enfrentarse al varón y ponerse en las manos los guantes.
En consecuencia, exultante y creyendo que todos se rinden, 380
quédase erguido ante Eneas, y ya no esperando más tiempo,
coge su izquierda del cuerno al novillo y de tal modo dice:
“Hijo de diosa, si nadie se atreve a meterse en combate,
¿cuándo se acaba mi espera?, ¿hasta cuándo está bien retenerme?
Deja que coja ya el premio”. A la vez los Dardánidas todos
rumoreaban pidiendo que dieran al hombre su premio.
Mas con reproches Acestes severo fustiga ya a Entelo,
puesto que cerca, en asiento de hierba, se hallaba sentado:
“Oh tú, que en vano eras antes el héroe más fuerte de todos,

¿vas a aguantar tan tranquilo que tal recompensa se lleven
sin un combate? Aquel Érice a quien por deidad lo tuvimos,
y de quien dices en vano que fue tu maestro, ¿no es nadie?
¿Dónde tu fama en Trinacria y despojos colgados del muro?”
Él respondió: “No se fue mi pasión ni el deseo de gloria
por el temor; es más bien que mi gélida sangre se embota
por la morosa vejez, y mis fuerzas cansadas se enfrían.
Si me asistiera, como antes, la edad en que fía y se exalta
ese arrogante, si mi juventud no se hubiera marchado,
no desde luego inducido por premios y hermoso novillo
yo acudiría, ni en ello me paro”. Así dijo y al punto
lanza a la vista sus guantes gemelos de mole imponente,
esos que el áspero Érice usó revistiendo sus palmas
para luchar y extender con el rígido cuero sus brazos.
Todos quedaron pasmados al ver tales cueros enormes,
siete, de bueyes enormes, con piezas de plomo y de hierro.
Dares se asombra el primero, y al verlos, de lejos rehúsa,
y el Anquiada magnánimo pesa en su mano los guantes,
dándole múltiples vueltas a aquel gran enredo de cuerdas.
Tales palabras entonces sacaba el anciano del pecho:
“¿Qué fuera entonces, si de Hércules alguien hubiese admirado
armas y guantes, y aquí en esta playa la lucha funesta?
Érice, aquel que es tu hermano, llevaba estas armas antaño
(ves que aún están salpicadas de sangre y manchadas de sesos),
al gran Alcida enfrentóse con ellas, y yo las usaba
cuando me fortalecía una sangre mejor, y envidiosa
no todavía vejez blanqueaba esparcida en mis sienas.
Pero si Dares, troyano, se opone a que yo use estas armas,
y esto es así para Eneas, y Acestes, mi guía, lo aprueba,
equilibremos la lucha. Retiro estos cueros de Érice
(no tengas miedo), y tú deja también esos guantes troyanos”.
Dicho lo cual, se quitó el doble manto de aquellos sus hombros
y dejó ver sus magníficos miembros, sus huesos y brazos,
y quedó así, gigantesco, de pie, y en mitad de la arena.
Guantes iguales entonces el padre, aquel hijo de Anquises,
trajo y las manos de ambos las cubre con armas iguales.
Rápidamente los dos en los dedos del pie se erigieron
y levantaron sus brazos, sin miedo, a las brisas celestes.
Llevaron atrás sus erguidas cabezas huyendo del golpe,

cruzan las manos con manos y empiezan así su combate. 430
Uno, mejor por sus ágiles piernas y jóvenes años;
otro, robusto en sus miembros y mole, aunque flojas rodillas
lo debilitan, y tiembla, y lo agita un violento jadeo.
Múltiples golpes los hombres se cruzan que apenas les dañan,
muchos redoblan en hueco costado y resuenan enormes
dentro del pecho, incesante la mano ya roza la oreja,
roza las sienes, y crujen quijadas con rígido impacto.
Aunque se esfuerza, no obstante está firme e inmóvil Entelo,
solo con cuerpo y atenta mirada evitando los puños.
Mas su rival se parece al que una alta ciudad con sus máquinas 440
cerca, o asedia fortín en los montes con armas en torno,
busca una entrada tras otra y explora el lugar con astucia
completamente, y en vano lo ataca con varios asaltos.
Muestra elevándose Entelo su diestra y la sube a lo alto,
pero el rival se dio cuenta del golpe que lo amenazaba
desde la altura y veloz se zafó con su rápido cuerpo;
Vierte en el aire sus fuerzas Entelo y así, por su impulso,
él con su peso y de forma pesada a la tierra, en su mole
vasta cayó, como suele caer pino hueco arrancado
de sus raíces en el Erimanto o allá en el gran Ida. 450
Se alzan en pie con sus vítores teucros y jóvenes sículos;
sube el clamor hasta el cielo, y Acestes acude el primero
a levantar compasivo del suelo a su amigo de infancia.
Mas sin demora y sin miedo de haberse caído, aquel héroe
vuelve a la lucha más áspero y fuerzas le engendra la cólera;
su pundonor y valía consciente le dan nuevos bríos;
y al veloz Dares persigue ardoroso por todo aquel llano,
ya con su diestra doblando los golpes, o ya con su izquierda,
sin darle tregua o reposo: al igual que con mucho granizo
nube repica en los techos, así en densos golpes el héroe 460
bate y golpea a aquel Dares sin pausa, con ambas sus manos.
No consintió el padre Eneas entonces que fuera más lejos
esa ira suya y que Entelo con alma feroz se ensañase,
sino que puso a la lucha su fin y ya a Dares cansado
se lo llevó, consolándolo con sus palabras, y dice:
“¡Ay, infeliz!, ¿qué locura tan grande te vino a la mente?,
¿no ves que han ido a otra parte tu fuerza y favor de lo alto?
Cede ante el dios”. Así dijo y así dirimió los combates.

Mas sus amigos leales a aquel, que arrastraba sus piernas
y volteaba la testa hacia un lado y a otro, escupiendo
sangre cuajada y los dientes mezclados con esa su sangre, 470
hasta las naves lo llevan; y escudo y espada, llamados,
se los recogen, y dejan a Entelo la palma y el toro.
Este, triunfante, con ánimo altivo y del toro ufanándose,
“Hijo de diosa, y vosotros, los teucros, sabed” —les decía—
qué fuerzas tuve en mi cuerpo en los años en que aún era joven
y de qué muerte le habéis liberado y salvado a este Dares”.
Dijo, y poniéndose en pie, frente a frente, delante del toro,
que, cual trofeo de lucha, allí estaba, llevó atrás su mano
y descargó desde arriba en mitad de los cuernos el duro
guante, impactó contra el hueso, y dejó quebrantado el cerebro. 480
Cae abatida y temblando la res sobre el suelo sin vida.
Él además de su pecho vertió las siguientes palabras:
“Érice, en vez de la muerte de Dares, te ofrezco esta víctima
mucho mejor; y triunfante, aquí dejo mi guante y mi oficio”.
Rápido Eneas invita a certamen de rápida flecha
a todo aquel que lo quiera, trofeos declara y levanta
mástil de nave, de la de Seresto, con mano potente,
y cuelga allá volandera paloma trabada con cuerda,
a la que apunten el hierro, pendiente en lo alto del palo.
Llegan los participantes y un casco de bronce recoge 490
todas las suertes, y sale el primero con gritos y vítores,
Hipocoonte el Hirtácida, antes que todos los otros;
sigue después el recién vencedor en carrera de naves,
el coronado con fronda de verdes olivos, Mnesteo.
Es el tercero Euritión, sí, tu hermano, ilustrísimo Pándaro,
tú a quien antaño mandaron romper aquel pacto acordado
y disparaste el primero tu dardo a las tropas aqueas.
Queda al final en el fondo del casco la suerte de Acestes,
que osa también competir con su mano en esfuerzo de jóvenes.
Curvan entonces los arcos flexibles con fuerzas robustas 500
los contendientes y de su carcaj van sacando las flechas,
y la primera, que cielo a través tras el ruido del nervio
brisas aladas azota, es la flecha de aquel joven mozo
hijo de Hirtaco; llega y se clava de frente en el mástil;
tiembla el madero y agita sus alas el ave asustada,
y con enormes aplausos sonaron aquellos lugares.

Luego el fogoso Mnesteo paróse, tensado su arco,
mientras al cielo apuntaba, y al tiempo lanzó ojos y flecha.
Mas con el hierro tocar infeliz a la propia paloma
no pudo él, aunque pudo romper la atadura y el nudo 510
con los que estaba sujeta en su pata del alto madero:
hacia los Notos y nubes oscuras huyó aleteando.
Rápido entonces, pues ya preparado tenía arco y flecha
desde muy antes, invoca Euriti6n con plegaria a su hermano,
bien apuntando a la que de los cielos abiertos gozaba,
y atraves6 bajo un negro nublado a la alada paloma.
Cae sin aliento y la vida dej6 en las estrellas del cielo,
y cuando cae le devuelve la flecha que muerte le diera.
Ya solo Acestes quedaba, una vez la victoria perdida,
quien, sin embargo, a las brisas a6reas dispara su dardo, 520
dando su ejemplo cual jefe de t6cnica y arco sonoro.
Mu6strase entonces un s6bito evento y milagro que augurio
grande implicaba; lo dio a conocer su importante secuela,
y aterradores videntes cantaron despu6s su sentido.
Pues, al cruzar en su vuelo la ca6a las f6lgidas nubes,
arde, se6ala un camino con fuego y se esfuma en la brisa
tenue, cual suelen a veces del cielo fugaces estrellas
desarraigarse, correr y portar larga cola crinada.
Permanecieron at6nitos y hacen plegaria a los dioses
los de Trinacria y los teucros varones, y el muy noble Eneas 530
no desde6n6 la se6al, mas a Acestes gozoso abrazando,
grandes obsequios le otorga y dir6gele tales palabras:
“C6gelos, padre, pues es voluntad del gran rey del Olimpo
honra ofrecerte con tales prodigios al margen de pruebas.
Vas a tener este premio, que Anquises anciano ten6a,
una cratera grabada que anta6o Ciseo el de Tracia
le regal6 como don prestigioso a aquel mismo, a mi padre,
para tenerlo en recuerdo de s6 y como prenda de afecto”.
Tal le dec6a y con verde laurel le corona la frente,
y antes que a nadie conc6dele a Acestes la honrosa victoria. 540
No tuvo celos el buen Euriti6n por el premio antepuesto,
aunque de lo alto del cielo solo 6l abati6 a la paloma;
luego se marcha premiado el que pudo romper la atadura,
y finalmente quien dio con la r6pida flecha en el m6stil.